



◀ Retrato de José de la Guerra realizado, en 1856, por Leonardo Barbieri. Abajo, escudo de armas de la familia De la Guerra.



# José Antonio de la Guerra, de Novalés a Santa Bárbara

José Antonio de la Guerra y Noriega nació en Novalés, y falleció en Santa Bárbara (California) en el año 1858. De la Guerra emigró a las Américas con apenas 13 años, y protagonizó una existencia cuajada de vivencias apasionantes y experiencias entroncadas en el devenir histórico de ese lugar del continente americano. Fue comandante del Presidio de Santa Bárbara, síndico de la Misión, patriarca de la comunidad hispano parlante (mayoritaria durante aquellos años), rancharo a gran escala, próspero comerciante, y fundador de una saga (tuvo 13 hijos) que se ha extendido por todos los actuales Estados Unidos de América.

▼ Pablo Andrés, octavo hijo de José de la Guerra, fue juez y senador. Abajo, la casa de Santa Bárbara, en 1880. ▼



Santa Bárbara, conocida como *la Riviera californiana*, es una zona privilegiada que conserva muchos vestigios de los *viejos tiempos hispanos*; de hecho, los descendientes de José de la Guerra establecieron, en 1924, una fiesta con este nombre que se sigue celebrando actualmente cada año. Allí, la Casa de la Guerra es un monumento catalogado, reconvertido en museo, que conserva los objetos y recuerda las costumbres de sus habitantes. Otros dos elementos directamente relacionados con José de la Guerra, el Presidio (acuartelamiento militar) y la Misión (templo y asentamiento franciscano), forman igualmente parte del patrimonio histórico de la localidad. Hay una calle, una plaza y una terraza con el mismo nombre, además de numerosas referencias, históricas, literarias y hasta filmográficas, sobre sus hechos e influencias. Sin embargo, en Cantabria es, para casi todos, un perfecto desconocido.

Se ha comenzado a valorar a José de la Guerra —a quien muchos llegaron a conocer en su tiempo como *el Gran Capitán*, aunque nada tiene que ver con Gonzalo de Córdoba— gracias al afán de los ciudadanos de Santa Bárbara, que se han interesado por averiguar su origen y la etapa anterior a su establecimiento en California. Una parte de ellos —como sus descendientes Federica y A. Dibblee, Camilla Cohee (redactora del periódico “Santa Bárbara News Press”) o los integrantes de la Asociación para la Conservación Histórica de Santa Bárbara (Santa Bárbara Trust for Historic Preservation), entre otros muchos— han realizado el viaje de José de la Guerra en sentido inverso para buscar esos orígenes, investigando archivos, desempolvando linajes y visitando solares, torres y casonas.

Son muchas las incógnitas y lagunas que todavía quedan por desvelar en la biografía de quien, con el tiempo, se convertiría en uno de los más respetados patriarcas de California, y la mayor parte de esas lagunas corresponden a sus años en España, desde que viera la luz por vez primera en Novales, hasta embarcar con destino al Nuevo Mundo, con tan sólo 13 años de edad.

En ese privilegiado paraje de Alfoz de Llorredo se yergue todavía el solar de los De la Guerra, habitado desde hace años por Eduardo González Pardo e Isabel Obregón, y envuelto en ese particular halo de pueblo medieval, discretamente asentado entre colinas, a poca distancia de la costa y arropado siempre por la acogedora fragancia de sus limoneros. La casona conserva su portalada con escudo de armas, el zaguán de arquería, un genuino sabor antiguo en su interior, y el en-



▲ *La Torre de la Guerra, en el Concejo de Ibio, actual sede de la Yeguada Militar.*

▼ *Casa natal de José de la Guerra, en Novales.*



▼ *Familiares de José de la Guerra, en 1876, en el salón de la histórica casa de adobe.*





## Old Spanish Days Fiesta



July 31st - August 4th, 2002

▲ En 1924, la familia De la Guerra establece la “Fiesta de los Viejos Tiempos Hispanos” (las mujeres sentadas en el centro son nietas de José). A la derecha, cartel costumbrista que ilustra, con la Misión de Santa Bárbara de fondo, la fiesta celebrada en 2002.

cantador jardín que se domina desde la solana. En julio de 2002, una delegación americana, encabezada por Jarrell Jackman y Marie Louise Days, director y miembro destacado, respectivamente, del Santa Bárbara Trust for Historic Preservation, y de la que también formaba parte Teresa Siebert, descendiente de José de la Guerra, tuvo ocasión de disfrutar, personalmente, de la hospitalidad de Isabel y Eduardo, sus actuales propietarios.

### EL MAYORAZGO DE IBIO

El linaje del que procede nuestro protagonista se forjó en el siglo XIII, combatiendo contra los musulmanes que ocupaban la península Ibérica, y desde entonces participó en todos los hechos de armas relevantes de los siglos posteriores. Los De la Guerra establecieron un importante mayorazgo en Ibio, cuya torre preside hoy día —con majestuosa solidez y sin aparentar los siglos que lleva en pie— los terrenos de la Yeguada Militar. Está considerada oficiosamente como “la casa habitada más antigua de Cantabria”, y de allí procede la rama familiar que posteriormente se asentó en Novalles, al parecer encabezada por Benito Gómez de la Guerra.

Desde la solana se percibe la inconfundible silueta de la iglesia parroquial de Santa María, donde fue bautizado, en marzo de 1779, José Antonio Julián de la Guerra y Noriega, hijo de Juan José Cevallos de la Guerra y María Teresa de Noriega. Bajo el suelo del templo reposan, presumiblemente, los restos de muchos de sus familiares. Aun siendo el primogénito, y por tanto el heredero del mayorazgo, José fue enviado a América con tan sólo 13 años, y ésta es una de las incógnitas a desvelar. Seguro que motivos hubo, pero lo habitual era encomendar este tipo de inciertas aventuras a los hijos segundones, y no al heredero del linaje.

El caso es que José hubo de grabar en su retina la imagen de Novalles y de las costas españolas, pues nunca más regresaría; así como tampoco reclamó, en su momento, los derechos de propiedad sobre su casa natal. Su primer destino fue Ciudad de México donde su tío materno, Pedro Noriega, regentaba un establecimiento comercial. El magnetismo genético que parecía ejercer el apellido le llevó, seis años después, a enrolarse como cadete de la Real Armada Española. Pero,

en el caso de José, las convicciones religiosas debieron ser tan fuertes o más que las militares, como demuestra su posterior trayectoria de católico ferviente y practicante del culto —su rezo diario del rosario en familia es recogido en numerosas crónicas—, y como se puede deducir de sus obras, pues era considerado el “hombre bueno” por excelencia de la comunidad, y todos acudían a pedirle consejo. Precisamente, para matizar la posible influencia de su apellido, sobre la entrada del salón familiar persiste aún esta leyenda: “La paz sea en esta Casa de la Guerra”.

No impidieron estas convicciones que su carrera militar progresara, obteniendo el nombramiento de alférez, con el que sirvió en Monterrey. A los 25 años contrajo matrimonio con María Antonia Juliana Lugo Carrillo, hija de José Raimundo Carrillo, comandante responsable del Presidio, el establecimiento militar español en Santa Bárbara. José fue destinado a San Diego y, en 1810, nombrado habilitado general de Alta y Baja California. Cinco años después, ya nombrado capitán, se convierte en el quinto comandante del Presidio de Santa Bárbara. El territorio sufrió los avatares históricos, pasando a depender de la bandera mexicana y, posteriormente, tras un amago de independentismo californiano, de los Estados Unidos.

Bajo el mandato mexicano, De la Guerra obtuvo la concesión de vastos territorios (unas 120.000 hectáreas), que dedicó a la cría de miles de cabezas de ganado con que surtir de carne a los soldados de toda la región. Descendientes americanos de José regentan todavía hoy el Rancho San Julián, una de aquellas concesiones. También compró y armó bajeles para el tráfico de mercancías, abriendo el área al comercio marítimo. Pero, a pesar de que fue un hombre poderoso e influyente, muchas fuentes coinciden en señalar su rectitud, honradez y bondad como los auténticos privilegios de su persona.

Físicamente descrito como de baja estatura, rechoncho, con nariz plana y rostro poco agraciado, su carácter merece otras consideraciones: “No hubo —escribe el historiador H. H. Bancroft— ningún otro hombre en California que ejerciera una influencia tan benéfica como la de José de la Guerra (...) era considerado por la gente de Santa Bárbara como “el patriarca”, a quien podían recurrir como juez imparcial para dirimir sus controversias”. Otro historiador local, Jarrell Jackman, afirma que De la Guerra es



▲ Teresa Siebert, descendiente de José de la Guerra, posa, en julio de 2003, en el zaguán de la casa natal de su antepasado, junto a los actuales propietarios. A la derecha, la Casa de la Guerra, con su característica silueta en forma de U, es parte del actual centro de Santa Bárbara.

*“una de las tres personas más influyentes en los primeros 200 años de la historia de Santa Bárbara”.*

### **PRESIDIO, MISIÓN Y CASA DE LA GUERRA**

Herederos de un linaje que la historia señala como nacido para el combate, José de la Guerra fue sin embargo el “hombre de paz” por excelencia en la naciente Santa Bárbara de la primera mitad del siglo XIX. Su habilidad para los negocios, inteligencia y buen juicio le permitieron prosperar en tiempos convulsos, sin olvidar el cuidado de su familia y la protección de la comunidad.

El *trípode* que sustentaba su influencia tuvo su principal punto de apoyo en el Presidio, fortificación costera (al igual que las de San Francisco, San Diego y Monterrey) erigida para defender los intereses de España en California. El de Santa Bárbara fue construido en 1782, y De la Guerra fue su comandante desde 1815 a 1828, al mando de un reducido destacamento. Se cuenta como rasgo de su ingenio que, en 1818, cuando un barco pirata capitaneado por el francés Hippolite de Bouchard se presentó por sorpresa en el canal de Santa Bárbara, tras haber saqueado Monterrey, De la Guerra ordenó a sus escasos efectivos marchar sin descanso arriba y abajo de la colina que se perfilaba frente a la costa. Bouchard desistió de atacar, convencido de que tenía enfrente una numerosa y dispuesta guarnición. El Presidio de Santa Bárbara es actualmente un parque histórico, abierto a los visitantes.

La Misión, fundada en 1786 por fray Fermín Lassuen, fue otra gran referencia para De la Guerra. El doble objetivo, evangelizador y colonizador, de fray Fermín, es plenamente compartido por don José, quien celebra en ella sus esponsales (1804), protege a sus moradores (frailes, legos e indios neófitos), actúa como síndico y contable de sus finanzas, y hasta tiene el privilegio de ser enterrado en el templo, como los propios misioneros (aún se conserva la lápida que lo acredita). Ciertos sucesos, como la revuelta india de 1824, violentamente sofocada por los soldados del Presidio, están por aclarar en su integridad. Algunos historiadores, como Z. Engelhardt y Geiger, consideran que De la Guerra tal vez pecó de negligencia por no impedir los asesinatos y saqueos que tuvieron lugar en las viviendas de la Misión. Hoy en día sigue abierta al culto y a

los numerosos visitantes que la frecuentan, y es uno de los monumentos más fotografiados del Estado. Entre las 21 misiones fundadas por los españoles en California, la de Santa Bárbara, por su belleza arquitectónica, es calificada como “la Reina”.

El triángulo se completa con una genuina creación de don José: La Casa de la Guerra, construida entre 1819 y 1828, y, durante décadas, centro político y social de Santa Bárbara. Es una construcción a base de adobe, madera y teja, de una sola planta en forma de U, con 13 habitaciones y un ático de dos alturas adosado, reminiscencia tal vez de las lejanas torres de Cantabria. Bajo la cubierta del *altito* —como lo denominan en California— se cuenta que guardaba el patriarca sus riquezas y bienes más preciados.

En la casa, residencia familiar de los De la Guerra, se tomaban decisiones de gobierno y estrategia, se cerraban negocios, y también se celebraban multitudinarios bailes y fiestas al estilo hispano. Acudían, asimismo, personas de toda clase y condición, buscando el asesoramiento del patriarca. Actualmente, la casa es un museo histórico que acoge numerosos objetos y archivos de la época hispana. El propio edificio está catalogado y protegido como la más destacada construcción de adobe que se conserva en California.

José de la Guerra consiguió ser respetado por todos, tuvo 13 hijos con María Antonia, logró una muy destacada posición económica, política y social, y se convirtió en el paradigma de un estilo de vida que todavía hoy los californianos valoran como parte de su esencia. Pero los tres pilares en los que se apoyó —el Presidio, la Misión y la Casa de la Guerra— han resultado ser más longevos que su legado familiar y material. Su más que considerable fortuna, y los 120 descendientes directos que dejó al morir, parecen haberse difuminado en el tiempo, e incluso se teme la posible desaparición del apellido en California, pero esa ya es otra historia. ■

\* Las imágenes del escudo de armas y de California se han obtenido con la colaboración de la familia Dibblee Poett (descendientes de José de la Guerra), Clifton Smith, Santa Barbara Aerial Photography, Santa Barbara Trust for Historic Preservation, y Santa Barbara Historical Society.

